

## PRÓLOGO

Renovación.

Para el padre Martín, ese era el verdadero significado del sacramento de la confesión y la penitencia, renovar el alma limpiándola de cuantos pecados hubieran manchado su pureza. Sin embargo, la iglesia de San José no era la excepción a la norma general que comenzaba a imponerse desde hacía más de una década. Los fieles eran cada vez más remisos a exponer sus pecados ante los oídos de los sacerdotes, por lo que la pesada puerta de caoba del confesionario se abría menos año tras año. Únicamente las ancianas, aferradas a su rutina, mantenían la vieja tradición. En cualquier caso, las horas muertas sentado en la oscuridad de aquel pequeño habitáculo deparaban al padre Martín una ventaja. El silencio que reinaba en ese recinto le permitía cerrar los ojos y concentrarse en sus pensamientos, premiándole con un merecido momento de descanso, alejado de la interminable tarea que ocupaba sus horas en la parroquia.

A sus cuarenta y dos años, la vida del padre Martín se encontraba muy lejos de la quietud con la que soñaba en el seminario. Los achaques del padre Hurtado, el sacerdote que dirigía la parroquia, cargaban sobre sus hombros todo el trabajo de la iglesia de San José, ubicada en un populoso barrio del sur de Madrid. La falta de vocaciones que aquejaba a la Iglesia había dado al traste con la posibilidad de contar con un tercer sacerdote, por lo que las labores de caridad con los desfavorecidos, el contacto

con la gente del barrio, la planificación de las misas y los asuntos internos de la parroquia le dejaban muy poco tiempo libre. Por ello, agradecía la llegada de esas tres tardes por semana en las que se encargaba de las confesiones, el único momento en el que parecía poder darse un respiro.

Por desgracia, esa tarde en concreto el padre Martín tenía dificultades para concentrarse. Agosto se había iniciado con la llegada de una ola de calor que había convertido el interior del confesionario en un asfixiante horno. Dejando escapar un suspiro, se secó el sudor de la frente con el pañuelo, mirando el reloj para comprobar el tiempo que aún le restaba en aquel cocedero.

Un ligero crujido desveló la entrada de una persona en el habitáculo destinado a los fieles, atrayendo su atención. La puerta se cerró de nuevo y una figura se arrodilló junto a la celosía de madera, lo suficientemente alejada para que su rostro permaneciera en la penumbra, convertido en una sombra de la que solo destacaba una poblada barba y unas grandes gafas de sol.

—Ave María Purísima —recitó el recién llegado, con voz apagada.

—Sin pecado concebida —respondió el sacerdote.

—Me confieso, padre, porque voy a pecar —prosiguió el desconocido—. Voy a matar a un hombre.

Asombrado, el padre Martín se mantuvo en silencio durante unos segundos, dudando de si no habría malinterpretado lo que acababa de escuchar.

—¿No le gustaría saber quién será la víctima? —inquirió el hombre.

—¿Quién?

—Usted, padre.

## DÍA 1

—¡Maldito tráfico!

Con un profundo suspiro, Jesús Arteaga se pasó una mano por el pelo, tratando de tranquilizarse mientras avanzaba en medio del intenso embotellamiento de primera hora de la mañana. Con el aire acondicionado a toda potencia, pese a que el termómetro aún no había alcanzado los treinta y ocho grados que anunciaba el servicio meteorológico para ese día, echó un dubitativo vistazo a la guantera, donde guardaba el *pirulo*, el rotativo magnético de color azul que emitía las luces con las que identificar un coche de policía. Sin embargo, desechó la idea de utilizarlo para salir de ese atasco. El comisario ya le había advertido demasiadas veces sobre el uso de la sirena sin que existiera una urgencia justificada, y no tenía ganas de llevarse otra bronca por, tal y como decía su jefe, «alarmar a la población sin motivo». Durante los últimos años se veía claro que al Cuerpo de Policía comenzaban a llegarle órdenes desde el Ministerio del Interior para que su actuación fuera más discreta, aunque el detective Arteaga tenía la sensación de que lo políticamente correcto comenzaba a asfixiarlos, hasta el punto de interferir en su trabajo. De todas formas, en el nuevo caso que le acababan de asignar, no importaba llegar diez minutos más tarde, dado que, según le habían comentado antes de que saliera de casa, la víctima llevaba muerta varios días.

Frisando los cincuenta, Jesús Arteaga sumaba más años dentro

del Cuerpo de Policía que fuera de él. Había comenzado como policía de base, ascendiendo a inspector tras una larga diplomatura cursada a distancia y cuatro oposiciones fallidas, lo que no resultaba un buen augurio a la hora de hacer carrera en Homicidios. Por ello, desde el primer momento se puso como meta convertirse en un número uno, en un verdadero referente dentro del departamento. Apenas necesitó unos años para abandonar esa idea y otros pocos para asumir que era uno más, un detective del montón que miraba hacia el futuro y admitía que jamás llegaría a inspector jefe, y mucho menos a comisario. De todas formas, le gustaba su trabajo. No era como aparece en las películas, dado que la mayor parte del tiempo se consumía en papeleos y burocracia, pero, al menos, resultaba suficiente para llenar su vida.

Llegado finalmente a la dirección en la que se encontraba la escena del crimen, detuvo el coche en doble fila, detrás de la furgoneta que empleaba el servicio forense. Descendió del vehículo enseñando la placa al policía municipal que se aproximaba hacia él, convirtiendo lo que iba a ser una reprimenda por aparcar indebidamente en un simple saludo. Ya en la acera, echó un corto vistazo a la fachada del edificio, una construcción de siete plantas en ladrillo visto, cubierta de estrechas terrazas rectangulares en las que destacaban indistintamente tiestos, macetas y cordajes cubiertos de ropa tendida. Los alrededores tampoco delataban nada fuera de lo común. Aquella era una de tantas calles, cubierta de edificios construidos en los años sesenta, en los albores del *boom* económico acaecido en esa época, con los portales encerrados entre los escaparates de las numerosas tiendas y bares que se abrían a la calle.

Sin más parsimonia se adentró en el portal, dispuesto a subir a pie hasta el tercer piso. A medida que ascendía por la escalera, el fétido olor a putrefacción que flotaba en el aire se hacía más intenso, delatando de manera inequívoca el apartamento en el que se encontraba el cadáver. Una vez en el tercero, cruzó la única puerta que estaba abierta de par en par, arrugando la nariz ante la intensificación del nauseabundo hedor.

—Soy el inspector Arteaga —anunció, al toparse con un policía uniformado en la entrada del piso.

—¿Se encarga del caso?

—Eso me han dicho —confirmó el inspector—. ¿Quién encontró el cadáver?

—Los bomberos —respondió el policía—. Avisados por un vecino.

—¿No hay portero?

—No tengo ni idea. Tal vez los de Forense puedan decirle algo más —precisó el policía al tiempo que levantaba la cinta amarilla que delimitaba la entrada a la vivienda para que el inspector pudiera entrar.

—Está bien, ¿dónde...?

—Tiene el paquete en el dormitorio —indicó el policía, señalando con la cabeza el pasillo que se abría a su izquierda—. Tenga, lo va a necesitar —añadió, entregando al inspector una mascarilla, unos guantes de látex y fundas protectoras para los pies.

Jesús se adentró en el pasillo tras cubrir sus zapatos y colocarse la mascarilla, pese al escepticismo con el que consideraba la utilidad de este último elemento para disimular la peste que reinaba en aquel lugar. Al otro extremo del corredor se abría una amplia habitación de la que surgían los *flashes* de una cámara fotográfica.

Nada más cruzar el umbral del dormitorio, el inspector Arteaga se detuvo en seco, anonadado por la visión que se presentaba ante sus ojos. El cuerpo se encontraba boca abajo, atravesado encima de la cama, desnudo y con los brazos y las piernas atados con cuerdas a las cuatro patas del somier. El tronco se encontraba echado hacia delante, de forma que la cabeza caía a uno de los lados del colchón hasta llegar apenas a un palmo del suelo, justo sobre una gran mancha oscura de sangre. Un cubo de plástico reposaba en el piso justo al lado de la cabeza de la víctima, medio lleno con un líquido oscuro de aspecto viscoso. La piel del cadáver había comenzado a hincharse y presentaba un intenso tono verdeazulado. Pese a que el rostro de la

asesinada se encontraba desfigurado por la descomposición del cuerpo, pudo observar que se trataba de una mujer mayor, aunque lo que atrajo la atención del inspector fue comprobar que las orejas de la víctima habían sido cortadas.

—No es una visión muy agradable, ¿verdad? —comentó, mientras se atusaba el pelo, una de las dos personas que se encontraban en la habitación: un hombre alto, de constitución atlética y vestido con un impecable traje gris, a diferencia del fotógrafo que se encontraba a su lado, quien lucía uno de los trajes aislantes de la Policía científica.

—No mucho —confirmó Arteaga, frunciendo el ceño al reconocer al inspector jefe de su unidad.

Dado su puesto, Alfredo Molina supervisaba las investigaciones de todos los inspectores de Homicidios que se encontraban a su cargo, aunque no era habitual verlo en la escena de un crimen. Para Jesús, se trataba del típico pijo universitario que compensaba la escasa longitud de su miembro viril llevando un arma. Lo consideraba un simple burócrata, encargado de mover papeles de un sitio a otro, repartir entre los inspectores de a pie los marrones que le llegaban desde arriba y colgarse las medallas de cuantas investigaciones acabaran bien. Sin embargo, para consternación de Jesús, muchos de sus compañeros veían a Molina como un jefe medianamente eficaz y pensaban que la explicación a la antipatía que le profesaba Jesús era un simple reflejo del hecho de que no soportaba tener un jefe diez años más joven. Él siempre lo negaba con vehemencia, aunque en su fuero interno sabía que, probablemente, era cierto.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Arteaga sin muchos miramientos.

—Esto es algo que no se ve todos los días —comentó Molina, señalando con un gesto de cabeza a la víctima—. Este caso tiene todas las papeletas para convertirse en carnaza para los telediarrios, sobre todo ahora que el calor ha expulsado a los políticos de Madrid y no hay noticias frescas. El comisario quiere que cui-

demos los detalles con la prensa, así que he pensado en recoger datos de primera mano para hablar directamente con el portavoz de la Policía.

—Entonces el caso sigue siendo mío, ¿no? —inquirió Arteaga.

—La investigación sí —confirmó el inspector jefe.

—Pues ya puedes largarte, estás contaminando la escena.

—No te sulfures —desdeñó Molina con una sonrisa—. Los de Forense ya casi han acabado.

—¿Ya?

—Llegaron hace un par de horas —explicó Molina mientras se quitaba los guantes de látex.

—Un par de horas... —repitió Jesús con parsimonia, mientras se preguntaba la razón por la que lo habían llamado tan tarde.

—No te preocupes, les diré que te pongan al día —dijo Molina, dándole una palmada en el brazo al pasar a su lado, de camino a la salida.

Jesús se desentendió de su jefe en cuanto abandonó el dormitorio, concentrándose en la víctima. Se puso los guantes que le había entregado el policía de la entrada y se acercó al cuerpo, contemplando la situación en la que se encontraba. A primera vista, la desnudez y la postura, con las piernas abiertas y atadas a las patas de la cama, parecían sugerir un asalto sexual. La habitación no estaba revuelta, los cajones de la cómoda estaban cerrados, al igual que el armario y las dos mesillas situadas a ambos lados del cabecero. Un bolso de mujer reposaba sobre la cómoda, con parte de su contenido situado junto a él, embolsado y etiquetado como prueba. Entre las bolsas, el inspector descubrió una cartera de mujer. Examinándola cuidadosamente encontró en su interior ciento cincuenta euros, tarjetas de crédito y la documentación de la víctima, Matilde Hernández, de sesenta y nueve años. Una segunda bolsa de plástico encerraba un par de anillos, una pulsera y un collar, aparentemente de oro, lo que descartaba el robo como móvil del crimen. La tercera contenía un trozo de cinta aislante con manchas de sangre, mientras que la última protegía una especie de collar, compuesto por un grueso

cordón, oscurecido por numerosas manchas de sangre, del que colgaba un ancho disco de color grisáceo con un agujero en su centro.

—Pensaba que los tipos duros no usaban mascarilla —dijo una voz.

—Hola, Marta —saludó el inspector, girando la cabeza hacia la entrada del dormitorio para observar a la persona que lideraba el equipo de la Policía científica, una mujer de poco más de cuarenta años, de baja estatura y algo entrada en carnes. Vestía unos vaqueros ajustados y un polo, aunque en el brazo aún llevaba el traje blanco aislante de la Policía científica, que probablemente acababa de quitarse—. Ya me han dicho que lleváis un par de horas de ventaja —añadió, quitándose la máscara de la cara y metiéndosela en el bolsillo.

—Sí, casi hemos acabado, y eso que en esta ocasión el trabajo no era sencillo.

—Ponme al día.

—La víctima es una mujer mayor, de edad y complexión semejantes a las de la dueña de la casa, aunque el rostro está ya suficientemente desfigurado por el tiempo transcurrido desde el fallecimiento como para que tengamos que esperar a realizar algunas pruebas de laboratorio para confirmar que se trata de la inquilina. La muerte ocurrió entre las nueve y las doce de la noche de hace dos días.

—¿Causa de la muerte?

—Sin determinar —admitió Marta con un suspiro de decepción—. A primera vista, las únicas heridas son las producidas por la amputación de ambos lóbulos auditivos y unas pocas magulladuras. La pérdida de sangre que delata el escenario no es suficiente para producir la muerte.

—¿Le han cortado las orejas? —se extrañó Jesús.

—En efecto, y después se las metieron en la boca, aunque creemos que ya estaba muerta cuando ocurrió lo segundo.

—¿Por qué?

—Bueno, de no haber sido así las habría escupido, ¿no? —co-



mentó la forense—. No creo que a nadie le guste saborear una parte de su propio cuerpo.

—Supongo que no. ¿Ha habido agresión sexual?

—La revisión preliminar así lo indica, aunque en el estado en el que está el cadáver no puedo confirmártelo al cien por cien. Habrá que esperar a la autopsia.

—¿Habéis recogido el teléfono móvil?

—No hemos encontrado —replicó ella.

—Supongo que se lo llevó el asesino.

—Tal vez no tuviera móvil. Hay un teléfono fijo en la entrada.

—Hasta los niños de diez años tienen móvil —aseguró Jesús—. ¿Qué habéis recogido?

—Aparte de lo que ves sobre esa mesa y algunas muestras para analizar, lo único que nos llevamos es un ordenador portátil y un par de tazas que hemos encontrado sobre la mesa de la cocina.

—¿Crees que invitó a su asesino a un té antes de que la mataran?

—No perdemos nada por averiguarlo.

—¿Vehículo?

—Molina nos ha dicho que se encargaba de comprobar si tenía coche. ¿No te ha dicho nada?

—No —negó Jesús.

—Yo solo puedo decirte que no hemos encontrado llaves en el bolso aparte de las del piso.

—Por ahora no me das gran cosa con la que trabajar.

—Me encantaría ser más específica, pero no puedo decirte mucho más. La puerta tiene algunas marcas junto a la cerradura, pero no tiene evidencias claras de haber sido forzada, por lo que supongo que ella dejó entrar al asaltante, este sorprendió a la mujer y la inmovilizó. Utilizaría la cinta adhesiva para taponar la boca y evitar que gritara —añadió Marta, señalando el trozo de cinta que habían introducido en una de las bolsas de pruebas—. La televisión estaba encendida, así que, si hubo forcejeo, los vecinos no llegaron a escucharlo. La ató a la cama, cortó las ropas

con unas tijeras y consumó la violación. Después le cortó las orejas y la asesinó, probablemente asfixiándola.

—¿Y el collar con el disco? —inquirió el inspector.

—Era lo único que llevaba el cadáver. Supongo que era de la víctima —sugirió Marta, encogiéndose de hombros—. Estas vacaciones fui a México con mi familia y vi cosas parecidas, cordones con letras mayas, trozos de ámbar y cosas por el estilo. Podremos decirte más cuando terminemos el trabajo de laboratorio. Lo que me desconcierta es el cubo.

Jesús desvió la vista hacia el cubo de plástico que reposaba cerca de la cabeza de la víctima.

—No tiene una pinta muy agradable —dijo él.

—Al parecer contiene agua y sangre, pero no tengo ni idea de para qué lo pudo utilizar.

—Tal vez se lo puso bajo la cabeza para recoger la sangre que le caía de la cara —sugirió Jesús.

—Es posible —afirmó ella sin que su voz reflejara mucho convencimiento—. Adivinarlo es cosa tuya. Yo me limito a recoger una muestra y mandarla a analizar.

—¿Cuándo tendré los informes?

—En un par de días.

—¿Y si los pido por favor?

—En un par de días, pero te los entregaré con una sonrisa y dejaré que me invites a un café —replicó Marta, guiñándole un ojo antes de irse.

Jesús dejó escapar un suspiro, volviendo su atención de nuevo hacia el cuerpo de la víctima. Todo parecía indicar que se trataba de un asalto sexual, aunque la mutilación no acaba de encajar con el comportamiento típico de esa clase de delitos. Tal vez ella se resistió más de lo que el atacante esperaba de una mujer mayor, o tal vez el asesino encontró placentero torturar a su víctima.

Echó un vistazo a la habitación, abriendo armarios y cajones con cuidado, revisando la estancia hasta convencerse de que no existía signo alguno de haber sido registrada por el asaltante. Después se detuvo un rato en cada una de las habitaciones de la casa,

sin encontrar nada de interés más allá de lo que ya habían recogido los de la Científica, al tiempo que comprobaba que tampoco otras zonas de la casa presentaban indicios de robo o violencia. En cualquier caso, sería necesario localizar a la familia para que revisaran las pertenencias de la difunta antes de certificar que no faltaba nada importante. Finalizado el registro, se acercó a la entrada, donde aún se encontraba el agente que le había entregado los guantes y la mascarilla.

—¿Ha hablado con alguno de los vecinos? —preguntó Arteaga.

—Solo con el que dio el aviso —respondió el agente, haciendo un movimiento de cabeza en dirección al apartamento contiguo—. Ha comentado que ayer empezó a apestar en el descansillo. Llamó un par de veces a la puerta de la vecina sin que ella le abriera. Como la televisión estaba encendida, dio por sentado que no escuchaba el timbre, por lo que no ha llamado a urgencias hasta hoy.

—Bien, asegúrese de que nadie entra en el piso hasta que termine el equipo forense y precinte la entrada —pidió el detective, encaminándose acto seguido hacia el apartamento contiguo.

—Buenos días, soy el inspector Arteaga —se presentó Jesús, enseñando su placa en cuanto el vecino le abrió la puerta—. Me han comentado que usted es la persona que avisó a los servicios de emergencia.

—Sí, fui yo —confirmó el vecino—. Aunque ya he hablado con uno de sus compañeros.

—Lo sé, pero me gustaría hacerle un par de preguntas más, si no es molestia. ¿Cuándo fue la última vez que vio a su vecina? —añadió, sin dar tiempo a que el inquilino pudiera replicar.

—Hace una semana, más o menos. Me llamó para que mirara su ordenador porque no podía entrar en internet. Es lo malo de ser informático, que todo el mundo te llama en cuanto no encuentra el icono de Internet Explorer —añadió con una sonrisa.

—¿Y encontró algo extraño?

—No, en absoluto. Era problema de la línea, como siempre.

La instalación de cobre de este edificio es una mierda, y como aún no tenemos fibra óptica...

—¿Le pareció nerviosa, o preocupada? —inquirió el inspector.

—Supongo que no —respondió el vecino—. Tampoco es que la conociera demasiado, pero creo que estaba normal y corriente. De todas formas, yo solo llevo aquí alquilado poco más de un año. Con quien mejor se llevaba era con la señora que vive en la letra C —añadió, señalando la última de las puertas que se abrían al rellano—. Pero creo que hace un par de semanas que no está.

—¿Escuchó algo raro o vio a algún desconocido hace un par de días, hacia las diez de la noche? —preguntó Arteaga, mientras extraía su libreta del bolsillo de su chaqueta y apuntaba que debería volver otro día a hablar con la inquilina del tercero C.

—No, que yo recuerde —negó el vecino mientras se encogía de hombros.

—Una última pregunta: ¿no tienen portero?

—Sí, pero en agosto está de vacaciones.

—Bien, gracias por todo —dijo el inspector, extrayendo una tarjeta del bolsillo de su americana y entregándosela al vecino de la víctima—. Tenga mis señas, por si recuerda algún detalle que pudiera ser de utilidad. Por cierto, supongo que, siendo informático, tendrá un blog o una página web, ¿no?

—Por supuesto, ¿quiere que le dé la dirección para entrar? —añadió el vecino, mientras la cara se le iluminaba con una gran sonrisa.

—No. Lo que me gustaría es que no publicara nada indiscreto acerca de esto —replicó Arteaga con seriedad.

—Ah, vaya... —dijo el informático, trocando su sonrisa en una mueca de decepción—. Como usted diga. Secreto de sumario, ¿no?

—Algo parecido —confirmó Jesús mientras se despedía.

Dado que la otra vecina del descansillo estaba de vacaciones, Arteaga se encaminó a la escalera y ascendió un piso, deteniéndose ante la puerta de la vivienda que se encontraba justo sobre

la de la víctima. Llamó al timbre, mientras escuchaba la intensa algarabía de gritos infantiles que surgía del interior. Tuvo que insistir un par de veces antes de que una mujer abriera la puerta. De poco más de treinta años, llevaba puesto un delantal lleno de lamparones sobre un chándal gris, y cargaba con una niña de nueve o diez meses que lloraba a pleno pulmón.

—Lamento molestarla, soy el detective Arteaga —se presentó, repitiendo el gesto de enseñar la placa—. Me gustaría hacerle algunas preguntas sobre su vecina de abajo.

—¿Quién coño es? —gritó una voz masculina desde el fondo de la casa, mientras un par de chiquillos de cuatro o cinco años atravesaban el pasillo gritando como posesos, persiguiéndose uno al otro.

—¡Es la policía, por lo de la del tercero! —gritó ella.

—¡Joder con la bofia! —respondió el hombre.

—¿Qué quiere saber? —inquirió ella, sin que pareciera importarle si Arteaga había escuchado el exabrupto o no.

—¿Conocía a su vecina de abajo?

—Poco. De cruzármela en el ascensor o en el portal.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

—No sé, hace unos cuantos días.

Uno de los chiquillos pasó de nuevo por el pasillo, esta vez soplando con todas sus fuerzas en una trompeta de juguete, produciendo tal escándalo que no desentonaría en mitad de un grupo de *booligans* en un partido de fútbol.

—¡Haz que esos niños se callen, joder! —chilló el hombre desde el interior de la vivienda.

—¡Carlos, deja de hacer ruido! —ordenó la madre, recibiendo otra sonora trompetada por respuesta.

—¿Recuerda haber visto a algún desconocido en el interior del edificio hace un par de días? —insistió Jesús.

—No. Disculpe, pero no creo que pueda serle de ayuda, y, como puede ver, estoy bastante liada —comentó ella, dando por zanjada la conversación.

Jesús estuvo tentado de intentar hablar con el insolente ma-

rido, pero se limitó a asentir mientras la mujer cerraba la puerta. Tras las lacónicas respuestas recibidas de la joven, dudaba que el idiota de su esposo pudiera darle ninguna información. Con el jaleo que presentaba aquella casa, preguntarles si habían escuchado algo sería poco menos que absurdo. Además, el griterío de los niños estaba comenzando a crisparle los nervios, por lo que prefirió dejarlo correr y descender un par de pisos hasta el segundo, para hablar con el propietario de la vivienda que se encontraba bajo la de la víctima.

El vecino era un hombre medio calvo, de edad cercana a los sesenta y con una prominente barriga. Vestía unos pantalones cortos muy anchos, en contrapunto a una camiseta blanca tan ceñida que no llegaba a taparle el ombligo. En el momento de abrir la puerta llevaba una cerveza en la mano, de la que dio un buen trago cuando Arteaga realizó por tercera vez el ritual de presentarse y enseñar la placa.

—¿A la vieja de arriba? —respondió el vecino, en cuanto el detective le preguntó si tenía contacto con la fallecida—. Claro que la conocía. Una rancia.

—¿A qué se refiere?

—A que parecía una seta. Apenas se la veía, solo se relacionaba con la otra vieja del tercero, en las juntas de vecinos ni hablaba... ¡Y eso que debía de llevar aquí treinta años! Con decirle que ni siquiera se quejaba de los vándalos que tenía encima...

—¿La familia del cuarto?

—Esos. No hay quien aguante a los críos, se pasan el día chillando. Si fueran mis vecinos, ya hubiera subido a cagarme en su puta madre, pero la vieja, ni caso, pasaba de todo.

—¿Recuerda haber visto a algún desconocido en el edificio hace un par de noches?

—No —negó el inquilino, dando un nuevo sorbo a su cerveza—. Aunque puede haber entrado cualquiera. En agosto no está el portero y la mitad de los vecinos se dejan abierto el portal. ¡Se veía venir que pasaría algo así!

—¿Sabe si tenía pareja o algún amigo que la visitara con frecuencia aparte de la vecina de la puerta de al lado?

—Ni idea, pero no creo que nadie en su sano juicio quisiera tener por novia a esa vieja.

—Una última pregunta —comentó Arteaga—. ¿Escuchó la televisión de la vecina?

—¡Claro! Se la dejó encendida toda la puta noche.

—¿Y por qué no subió a quejarse? —inquirió el detective.

—Pues... no sé —dudó él—. No lo pensé.

Jesús asintió con la cabeza, manteniéndose en silencio mientras terminaba de anotar en su libreta. No necesitó levantar la mirada para comprobar que el vecino se había puesto nervioso por la última pregunta. Mirándole los pies, observó que cambiaba el peso del cuerpo de una pierna a otra, al tiempo que se echaba un poco hacia delante. Imaginó que sería para intentar leer las notas que apuntaba en su libreta.

—Si en agosto lleva puesta la chaqueta, ¿qué se pone en invierno? —preguntó el hombre, dejando escapar una risilla en un intento de romper el tenso silencio.

—Un abrigo —contestó Arteaga, sin interrumpir la escritura ni levantar la cabeza.

Compañeros y jefes eran constantes en sus críticas sobre la forma que tenía de llevar los interrogatorios. Lo acusaban de ser demasiado seco, comportándose prácticamente igual con un sospechoso que con un testigo ocasional. Algunos policías sonreían amistosamente mientras hablaban con los testigos, otros asentían con expresión compungida, como si sintieran una profunda empatía hacia las vivencias de las personas con las que hablaban, incluso algún que otro compañero soltaba bromas para tratar de romper el hielo y que los testigos hablaran. Jesús, por el contrario, se mantenía serio, impertérrito. Al principio lo hacía de manera consciente, pensaba que aquella pose le confería un aire más profesional, aunque, poco a poco, había tenido que admitir que era, sencillamente, producto de su propio carácter.

—Gracias por su tiempo —remató Arteaga, golpeando sobre

su libreta con la punta del bolígrafo antes de guardarla en el bolsillo de su chaqueta.

El vecino pareció dudar un momento, luego se encogió de hombros y cerró la puerta.

Finalizado el interrogatorio, Jesús regresó a la calle, deteniéndose unos minutos frente al portal para examinar detalladamente la fachada del edificio mientras se fumaba un cigarrillo. El acceso a cualquiera de las ventanas del piso de la víctima en el tercero era muy complicado, pero, teniendo en cuenta el calor del verano, era lógico pensar que alguna de ellas estuviera abierta, por lo que, pese a que fuera improbable, no se podía descartar que el asaltante fuese un escalador hábil. En contra de este tipo de acceso estaba el hecho de que la calle, pese a no ser una avenida, era lo suficientemente amplia y cuajada de tiendas como para que un hombre, escalando la fachada poco después de anochecer, no pasara desapercibido. Esta idea llevó a Jesús a revisar el entorno del edificio. Una ciudad como Madrid se encuentra plagada de cámaras, ojos electrónicos que enfocan casi todos los rincones de la urbe, escrutando lo que acontece en las calles de la capital. No solo la mayor parte de las grandes avenidas estaba cubierta por cámaras de tráfico, sino que multitud de establecimientos disponían de vídeos de seguridad para recoger los movimientos de los clientes. Bancos, joyerías..., muchos de estos locales enfocaban sus cámaras hacia la entrada, recogiendo sin pretenderlo a los transeúntes que circulaban por la acera. Más de una vez había sido la grabación de un cajero la que había proporcionado la pista definitiva para esclarecer un caso prácticamente irresoluble. Sin embargo, tras un corto vistazo, Jesús se dio cuenta de que no tendría mucha suerte en esa ocasión. En la manzana donde se encontraba el portal no había más que bares y pequeños comercios, únicamente una caja de ahorros disponía de un local en una de las esquinas de la acera de enfrente. Tampoco encontró rastro alguno de cámaras de tráfico, por lo que se resignó a entrar en la oficina bancaria para comprobar si disponían de las grabaciones correspondientes a la noche de los hechos, avisando que las con-



servaran hasta que llegara la orden judicial para ponerlas a disposición de la policía.

Tras la corta visita a la caja de ahorros, se detuvo en unas pocas tiendas cercanas al portal y en un bar, preguntando a los dueños por lo concurrido de la calle a la hora del asesinato y si, realmente, aquel portal se encontraba frecuentemente abierto, como afirmaba el último vecino interrogado. Ambos puntos fueron confirmados, pese a que nadie parecía haber visto nada inusual la noche del suceso. A ojos de Arteaga, eso confirmaba las sospechas de que el asaltante accedió por el portal, desechando la opción de la araña humana. Tras finalizar las pesquisas en los alrededores, dudó si entrar en una cafetería a tomar un buen desayuno antes de afrontar la vuelta a la comisaría y la montaña de papeleo que le esperaba para abrir el caso. Es lo que hubiera hecho de haberse encontrado junto a él el subinspector Alameda, su compañero habitual en casos de homicidio, pero, al igual que la mitad de Madrid, se encontraba de vacaciones. De todas formas, aún tenía incrustado en la nariz el hedor de aquel piso, por lo que decidió montarse en el coche y encaminarse hacia su mesa, suspirando de impotencia ante la inevitable burocracia que tendría que afrontar durante el resto de la mañana.